

que ha menester para soportar esa terrible desgracia."

**Sus últimos recuerdos.**—En seguida publicamos una carta que el infortunado y Pozo dejó a don Joaquin Gomez y en la cual espone todos los acontecimientos en que él tomó parte:

**ÚLTIMO RECUERDO A MI APRECIADO AMIGO  
EL SEÑOR DON JOAQUIN GOMEZ.**

Estimado amigo:—En los últimos momentos de mi vida he acordado dar a usted un detalle de toda la parte que tomé en el motin estallado en Punta Arenas en la madrugada del 12 de noviembre del año último.

Como a la una y media de la mañana del citado dia, fui recordado por el centinela que se encontraba en el piso superior del cuartel, soldado Juan Casanova, y me dijo que la compañía se habia sublevado. Inmediatamente recordé a los cabos segundos José Antonio Salazar, Martin Huichaquelen, y el cabo primero Francisco Mendez, encontrándose este último en estado de ebriedad. Comunicqué a ellos lo que decia Casanova y les propuse la huida al monte, a lo que me contestó Salazar que mejor seria que bajáramos y nos enteráramos bien de lo que sucedia.

Continúa en esta porque en compañía de

... que ellos lo que decia Casanova y les propuse la huida al monte, a lo que me contestó Salazar que mejor seria que bajáramos y nos enteráramos bien de lo que sucedia.

Convine en esto, porque en compañía de ellos y varios otros que pudiéramos reunir, podríamos formar una contra-revolucion y llamarlos todos al órden.

Inmediatamente bajé del torreón en compañía de Salazar y Haichaquelen, y cuando ya me encontré en la cuadra donde dormia la tropa, noté que un paisano estaba de centinela en la puerta de la habitacion del sarjento 1.º de la compañía. Interrogué a éste sobre lo que ocurría y me dió la misma contestacion que Casanova y que él se encontraba de órden de los amotinados custodiando al sarjento 1.º Belisario Valenzuela.

A este tiempo llegaron varios dando las voces de *armarse*, y entonces me dice Valenzuela desde adentro: — *Pozo, toma mi sable y mi bandolera, lo que no pude efectuar por estar la puerta con llave.*

Acto continuo procuré armarme con una carabina: los cabos que habian bajado conmigo ignoro qué se hicieron. Luego despues me resolví a salir fuera del cuartel. Los disparos seguian con frecuencia hacia la gubernatura por la oscuridad de la noche.

A este tiempo llegaron varios dando las voces de *armarse*, y entonces me dice Valenzuela desde adentro: — *Pozo, toma mi sable y mi bandolera*, lo que no pude efectuar por estar la puerta con llave.

Acto continuo procuré armarme con una carabina: los cabos que habian bajado conmigo ignoro qué se hicieron. Luego despues me resolví a salir fuera del cuartel. Los disparos seguian con frecuencia hácia la gubernacion. Tanto por la oscuridad de la noche como por la lijereza con que me separé de ese lugar, no pude saber cuántas eran las piezas de artilleria que habian y menos conocer las facciones de los individuos que las servian.

Tan pronto llegué a la plaza, me encontré con el cabo Riquelme y varios otros de los amotinados que lo rodeaban, y me dijo que en mí tenia mucha desconfianza y que pensaba hacerme fusilar. Por temor a lo que me decia le dije que si él me hubiese comunicado sus intenciones, con mucho gusto habria aceptado y que desde luego me ponía a sus órdenes. Todo esto que le dije no fué nada mas que por librarme de una muerte segura y ver modo despues de formar una contra-revolucion si me era posible.

Lacontinenti me separé de él dejándolo en

... sus intenciones, con un gusto...  
tado y que desde luego me ponía a sus órde-  
nes. Todo esto que le dije no fué nada mas  
que por librarme de una muerte segura y ver  
modo despues de formar una contra-revolu-  
cion si me era posible.

Incontinenti me separé de él dejándolo en  
la plena confianza que no le haria traicion, y  
me junté con los soldados Moises Serrano y  
Domingo Albornoz, y los relegados Baldomero  
Carroza y Ascensio Veloso, los cuales se en-  
contraban en perfecto estado, pues la demas  
jente estaba entregada a la borrachera y a  
toda clase de desórdenes.

Me fuí con ellos a la casa del comerciante  
señor Domingo Guerrero y encontramos a  
las señoras en estremo alarmadas: me ví con  
ellas y les dije que no tuvieran cuidado, que  
yo iba a hacer todo lo posible por llamar la  
jente al órden. A este tiempo pasaba por di-  
cha casa el soldado Alejandro Rojas y le dije  
que tuviera a bien quedarse cuidando esa casa  
para que la jente ebria no fuera allí a come-  
ter desórdenes. Desde allí me dirijí en direc-  
cion de la casa de don Emilio Braun y ví que  
estaba entregada al saqueo. Ví modo, con  
buenas palabras, de hacer salir a esos indivi-  
duos. El único que recuerdo de ellos es el re-  
legado Antonio Maria Carrasco. De ahí me  
fuí hácia la casa de la señora Maria Pinto,  
donde encontré varios soldados que pedian

Domingo Albornoz, y los relegados Baudomero Carroza y Ascensio Veloso, los cuales se encontraban en perfecto estado, pues la demasiente estaba entregada a la borrachera y a toda clase de desórdenes.

Me fuí con ellos a la casa del comerciante señor Domingo Guerrero y encontramos a las señoras en extremo alarmadas: me ví con ellas y les dije que no tuvieran cuidado, que yo iba a hacer todo lo posible por llamar la jente al orden. A este tiempo pasaba por dicha casa el soldado Alejandro Rojas y le dije que tuviera a bien quedarse cuidando esa casa para que la jente ébria no fuera allí a cometer desórdenes. Desde allí me dirijí en direccion de la casa de don Emilio Braun y ví que estaba entregada al saqueo. Ví modo, con buenas palabras, de hacer salir a esos individuos. El único que recuerdo de ellos es el relegado Antonio Maria Carrasco. De ahí me fuí hácia la casa de la señora Maria Pinto, donde encontré varios soldados que pedian licor por fuerza y la amenazaban de darle muerte.

Viendo esto hice lo posible por apaciguarlos, pero no lo podia conseguir, hasta que hube que usar de la fuerza, esponiendo mi vida ante aquellos bárbaros que andaban a mano armada saqueando. El primero que me hizo los puntos con una carabina fué el soldado Patricio Aguayo, el cual no me dió tiempo para levantar la misa, pero sí para írmele al

licor por fuerza y la amenazaban de darle muerte.

Viendo esto hice lo posible por apaciguarlos, pero no lo podía conseguir, hasta que hube que usar de la fuerza, exponiendo mi vida ante aquellos bárbaros que andaban a mano armada saqueando. El primero que me hizo los puntos con una carabina fué el soldado Patricio Aguayo, el cual no me dió tiempo para levantar la mia, pero sí para írmele al cuerpo, y en compañía de Carroza logré desarmarlo.

De ese lugar me fuí hacia la casa del señor Roig, comerciante de esta colonia: allí no pude hacer nada por la multitud de jente que habia.

Encontrándome nuevamente en la plaza, encontré en ella al alférez Ramirez y me preguntó si yo tambien estaba comprometido, a lo que le contesté que andaba obligado por la fuerza. Me separé de él y recorrí varias calles de la poblacion por ver si podia separarme de la colonia, lo que no pude efectuar por que grandes patrullas recorrían las salidas del pueblo e impedían salir. Luego despues llego nuevamente a la plaza y veo en tierra muerto al cabo primero Francisco Mendez, y herido al alférez Ramirez en la frente, por la misma

nuevamente a la plaza y veo en tierra muerto al cabo primero Francisco Mendez, y herido al alférez Ramirez en la frente, por la misma bala que habia dado muerte a Mendez.

Pregunto cuál habia sido el motivo de la muerte de Mendez y me contestaron que habia mandado al soldado Dámaso Figueroa, que arriara una bandera, la que éste llevaba, y como no le obedeciera le hizo los puntos, pero Figueroa anduvo mas lijero y le dió la muerte a él.

La tropa seguia formada en la plaza y Riquelme me ordenó sacara de la prision a los oficiales O'avarria y Garcia para hacerlos fusilar. Cumplí con la órden de éste y les hice ver a estos señores lo que pensaba hacer Riquelme, y les supliqué le dijeran que eran de su opinion, a lo que me contestaron que asi lo harian. Llegada la hora en que se los presenté a Riquelme, le hice presente que era una barbaridad fusilar a esos hombres que a nadie hacian mal; accedió éste a mi pedido, librando a estos caballeros de la fatal suerte que les aguardaba, aunque ellos me han pagado con sus declaraciones con la mas bárbara ingratitud.

En ese momento me llamó Riquelme, y por la fuerza me hizo escribir una órden para

gado con las declaraciones con la más berr  
ra ingratitud.

En ese momento me llamó Riquelme, y por la fuerza me hizo escribir una orden para que viniera la tropa que se encontraba en «Agua Fresca.» Me separé de él; pasó por la tenencia de ministros al tiempo que los amotinados descerrajaban la caja. Mis intenciones al ir a ese lugar fué de impedir, si podía, su fractura, pero no lo pude efectuar porque los centinelas me prohibieron la entrada: lo único que supe fué que Riquelme se encontraba dentro.

Después de haber salido de dicha casa me encontré con el señor Manuel J. Muñoz, ingeniero tercero de la armada nacional y me preguntó si acaso me encontraba también comprometido, a lo que le contesté que andaba por la fuerza, lo que él sintió en extremo al verme complicado en aquel horrible motin. En ese momento llegó el cabo Riquelme y le preguntó a este señor qué era lo que hacía, a lo cual contesté que era un amigo mio y nada temiera de él. A ese tiempo llegó un soldado con un parte que le mandaba desde su prision el primero Valenzuela, el cual me lo hizo leer Riquelme y decía así: —*Riquelme: te acompaño en lo que pueda. Tuyo—VALENZUELA.*» Ese papel lo guardé yo.

Tan pronto como me separé del señor Mu

po llegó un soldado con un parte que le mandaba desde su prision el primero Valenzuela, el cual me lo hizo leer Riquelme y decía así: —«*Riquelme: te acompaño en lo que pueda. Tuyo—VALENZUELA.*» Ese papel lo guardé yo.

Tan pronto como me separé del señor Muñoz y de Riquelme, me dirijí a la casa del señor Santiago Diaz, acompañado del cabo segundo José Nieves Novoa, que encontré en la plaza. Una vez que llegué a la casa de dicho señor, le conté todo lo que me pasaba, por lo que mostró gran sentimiento de verme metido en un horroroso motin. En compañía de él se encontraba el señor Muñoz, de quien ya he hablado, y de su hermano señor Damian Diaz. Fuera de la casa de este señor se encontraba un relegado muerto llamado Pablo Ramirez. El señor Diaz me ofreció licor; yo andaba un poco enfermo y no quise admitirlo, pero tanto éste como el señor Muñoz me obligaron a tomar una copa de cerveza, la cual admití por sus exigencias.

Cuando me despedí de esa casa pasé por la de un señor Ballester: ahí, como en la casa de Bloom, hice salir varias personas de las que allí saqueaban. Estuve tambien en la casa del comerciante señor Tobias Adams, en la que pasaba igual cosa. En dicha casa-tienda habian muchos que pedian licor por la

ABRIL 1.º DE 1878.

as, fuerza, y teniendo yo alguna dinero que un  
die soldado me habia dado, di a este señor diez  
nas pesos para que les sirviera que beber. Un sol-  
del dado, que vivia en casa de este comerciante,  
pro- llamado Hijinio Venegas me invitó a tomar  
ria una taza de té, la cual acepté. En esto estaba  
zon cuando la esposa del señor Adams me dijo  
l de que un soldado habia quitado el reloj a su  
co- marido, amenazándolo de muerte; intervino  
con en esto haciendo devolver a su dueño el reloj,  
e di que era de valor de cien pesos, según él mis-  
nen- mo me dijo.

con Toda la tropa, relegados y colonos se-  
e di- guian saqueando los almacenes. Salí de la ca-  
sa de este caballero ya nombrado, y fui a la  
de doña Barbina Ruiz de Diaz. En esta casa  
e to- estuve un momento. Al llegar allí me encon-  
a su- tré con un soldado llamado José Santos Ga-  
a esa- tiz, el cual llevaba mucha ropa de paisano.  
itua- Me cambié de traje y me vine en direccion  
ra- de la plaza. Cuando llegué a ella me encon-  
adre, tré con Requelme y me ordenó fuera a la  
rcara- prision del capitán de puerto y con buena  
or- de custodia lo llevara a hacer fondear el vapor  
alemán que ya lo habian avistado.

le alemán que ya lo habíam avistado.

Encontrando yo una buena oportunidad para escaparme, le dije que con todo gusto iria y que no necesitaba custodia para él; que yo me comprometia llevar a cabo su proyecto. Quedó Riquelme mai satisfecho de mi respuesta y ordenó se me entregase al señor Oyarriá, al cual conduje a la playa sin ninguna custodia.

Tan pronto me ví libre, mi primera intencion fué de irme a Montevideo y dar noticia de lo ocurrido al ministro plenipotenciario de Chile en esa república.

Habia como un cuarto de hora que estábamos en la playa y no podia encontrar bogadores. De repente apareció un alemán llamado Jorge, el maestro de vízeres Chaves, un muchacho de poca edad, Manuel Palavicino, el soldado de artilleria Nicanor Aburto, los relegados José del Tránsito Peña y Saturnino Gonzalez y el marinero de la capitania Cárcos Treviño.

Cuando estábamos listos para echar el bote al mar, llegó con una pieza de artilleria el soldado Jerónimo Gatiérrez, y con otra el de igual clase Dánaso Manuel Figueras. Este ú otro queria que lleváramos una pieza de artilleria en el bote, a lo que yo no quise acceder, ni tampoco Gatiérrez. Les dije que si querian embarcar alguna pieza lo hicieran en otro bote e inmediatamente echa-

al mar, llegó con una pieza de artillería el soldado Jerónimo Gutiérrez, y con otra el de igual clase Dánaso Manuel Figueroa. Este último quería que lleváramos una pieza de artillería en el bote, a lo que yo no quise acceder, ni tampoco Gutiérrez. Les dije que si querían embarcar alguna pieza lo hicieran en otro bote, e inmediatamente echamos el bote al agua. Cuando íbamos enfrente del muelle nos hicieron una descarga de fusilería con la que no nos hicieron daño ninguno.

Luego que ya tuvimos por trinchera el muelle, el capitán de puerto mandó aburrar la boga, y cuando íbamos cerca del vapor, que estaba aguantándose sobre su máquina, nos hicieron varios disparos de cañón no logrando dar al bote con ninguno de sus proyectiles. Durante el trayecto de la playa al vapor *Memphis*, dije al capitán de puerto que mis intenciones eran huir y dar cuenta en Montevideo de lo ocurrido en la colonia a la autoridad chilena que en esa república se encuentra.

Las armas de los que bogaban iban en el fondo del bote como igualmente mi carabina que yo llevaba consigo. Tan pronto llegamos a bordo del vapor hicieron izar la cha'upa: a todos los que bogaban les dieron habitación en tercera clase: el capitán de puerto Olava-

a bordo del vapor hicieron izár la chupa: a  
los los que bogaban les dieron habitación  
en tercera clase: el capitán de puerto Olavarria  
y el maestro de víveres Chaves fueron en  
la primera cámara, y el alemán con el que  
inscribe en segunda.

Después de haber almorzado subí a cubierta  
y me ví con el señor Olavarria, el cual me  
dijo que estaba muy agradecido de mí y que  
sus recomendaciones me serían muy favorables.

Todo esto que me dijo el señor Olavarria  
lo oyó Chaves; pero éste, como García, ha  
negado todo. Solo el marinero Treviño dijo  
que era verdad que yo había dicho las pala  
bras a que me refiero cuando íbamos en el  
bote.

Como a las once de la noche poco mas o me  
nos encontramos en alta mar un buque ame  
ricano, la *Adams*, y fuimos trasbordados a él.

Una vez que fuimos entregados a la caño  
nera *Magallanes*, que ya se encontraba fondea  
da en la bahía, el primero que se dirigió a mí  
fué el teniente de ministros de esta colonia  
señor Cruz, haciéndome desnudar de toda mi  
ropa, registrándome hasta la última costura  
de mis calzoncillos. Lo único que se me en  
contró en mis bolsillos fueron dos pesos y  
treinta centavos. ¿Acaso no podía tener yo

señor Cruz, haciéndome desnudar de toda mi ropa, registrándome hasta la última costura de mis calzoncillos. Lo único que se me encontró en mis bolsillos fueron dos pesos y treinta centavos. ¿Acaso no podía tener yo semejante cantidad? Todo se me quitó hasta un cortaplumas.

Momentos despues fui llamado por el ex-gobernador Doble Almeida y al presentarme ante él, en plena cámara de oficiales, me trató con las palabras más descompuestas que puede usar la jente del pueblo. Tambien sacó de uno de los bolsillos, no sé si fué un revólver, porque con él me amenazó, de tal modo que los señores oficiales que se encontraban presentes le dijeron que qué iba a hacer, que no rebajara su dignidad. ¿Pero qué dignidad puede tener este señor, cuando él mismo aleccionó a varios de la colonia para que declararan en contra de mí porque no tenía otra víctima?

El trato que se me dió durante mi prision fué en ostremo bárbaro. Se me tuvo más de un mes en un pañol de la corbeta *O'Higgins*, donde no entraba jamas la luz del dia, menos una gota de aire. En ninguna república civilizada me creo que darán a los reos castigos tan inhumanos como los que ejecutó

toé en estramo barbara. Se me tuvo mas de un mes en un pañol de la corbeta *O'Higgins*, donde no entraba jamas la luz del dia, menos una gota de aire. En ninguna república civilizada me creo que darán a los reos castigos tan inhumanos como los que ejecutó aquí el señor Lastarris, auditor de guerra, nombrado por el supremo gobierno para la tramitacion de este proceso.

El dia 15 del presente mes se nos comunicó la sentencia por el señor fiscal e inmediatamente se nos puso en capilla, no separándose desde ese momento de nuestro lado el mui amable frai Mateo Matuleki, el que creo nos acompañará hasta el momento en que entreguemos nuestras almas al Supremo Hacedor.

Me voi enteramente agradecido de toda la oficialidad de las corbetas *Magallanes* y *O'Higgins*, como asi mismo de los dignos oficiales de artilleria de marina y especialmente del apreciable caballero teniente señor Elias Yañez.

Punta-Arenas, marzo 16 de 1878.—A mi amigo estimado señor don Joaquin Gomez le dedica este triste recuerdo su desgraciado amigo y S. S.—ISAAC POZO MONTT.

Se confirma por el *Memphis* la captu-